

Selección de poemas

Luz Helena Cordero Villamizar

Escritora y poetisa nacida en Bucaramanga. Es Psicóloga y Magíster en Literatura. Su obra incluye poesía, narrativa y ensayos literarios. Ganó la Mención de Honor en el Premio Mundial de Literatura José Martí (Costa Rica, 1997) y Primera Mención en el Concurso de Poesía Fernando Mejía Mejía (Manizales, 1992).

Entre sus publicaciones encontramos: *Postal de la memoria (antología personal)*, 2010; *Por arte de palabras*, 2009; *Cielo ausente*, 2001; *El puente está quebrado*, 1998; *Canción para matar el miedo*, 1997; *Óyeme con los ojos*, 1996.

Del libro *Por arte de palabras*

(Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2009)

Cuchillo y tabaco

El abuelo afila su cuchillo en las piedras del solar,
mudo y vencido
al cabo de los años
nadie sabe para quién brilla la hoja
con tanto cuidado
con esas manos estropeadas,

las mismas que ungen mis piernas con tabaco
para ahuyentar los zancudos.
Su rencor es un largo gemido
que me abraza.
Algo de su historia lo incomoda
y su presente triste lo ciñe a mi existencia
de gata que maúlla bajo la mesa.
La mañana en que nací
sus manos me recibieron,
las mismas con las que afilaba el cuchillo,
esas que lo llevaron a la cárcel.
El tabaco sellaba su silencio.
La mañana en que murió
su memoria quedó tendida en el patio
y yo estuve allí para recogerla,
sin palabras, sin llanto,
solo con estas manos diminutas
que se ahogaban en las suyas.
El cuchillo afilado con esmero
se hunde implacablemente en el tiempo.

Los idos

Y de repente todos se han ido
como en el poema de Vallejo,
han sabido irse
que es su forma de perdurar.
Tenían reservado su mejor traje,
su tiempo desparramado sobre la cama,
las ganas de partir se les salían por los ojos,
su cuerpo estacionado y ellos tan lejos,
siempre añorando otro lugar y otro y otro,
desesperados de estar, esquivos de ser,
irse de todos modos era la consigna,
huir, su mejor verbo.
Verlos despedirse en los aeropuertos
donde se les rompen las maletas,
un retrato enorme, el olor que se destiñe,
imposible embalar la memoria.
Una nueva vida, como si hubiera nueva,
como si no se siguiera gastando la inocencia,
otro sabor en la boca,
pegados de la punta de sus dedos
al cuerpo del pasado,
lugar de apariciones, su cabeza.
No volverán nunca los partidos, los rotos,
los llorados,
a veces no los recordamos.

Los quedados

Cobardía o torpeza
o simplemente desgana de partir,
trabados a las paredes y los muebles,
pesada la marcha hacia el olvido,
solos o estropeados de tanta compañía,
siempre mirando por la ventana
a los que se alejan,
incapaces de encender la cerilla
para desalojar el letargo,
tercos en sus juicios, necesarios,
sin ellos se caen las puertas, las certezas,
listos a recalentar la comida, el rencor,
ofenden el aire con sus oraciones,
incansables en su paciencia categórica,
escribiendo cartas como pañuelos estremecidos,
mortificando con la miel de sus preguntas,
pesados como barcos abollados.
En sus pies aprietan fuerte las raíces.
La noticia de su muerte nos ha de llegar tarde,
ni siquiera eso nos hará regresar.

Los convidados de piedra

Aquí están los convidados de piedra,
oigo sus pechos hincharse de aire, llenarse de tierra,
traen sus zapatos y sus hijos, los mandan callar,
los envuelven en susurros, caminan arqueados o erguidos,
colman las avenidas y las cañerías,
se visten con todos los colores, sin vergüenza,
ni la tienen ni la esconden,
van a los cines y a los supermercados,
zarandean los paquetes, satisfechos,
protegen bien sus puertas de ladrones,
de noticias, de afectos, de compasión.
En los bolsillos camuflan el miedo,
no olvidan el paraguas y siempre tienen prisa,
salen cándidos y peinados, libres de ideas y fervores,
en los ascensores miran para arriba, trabajan,
no son culpables de nada,
excepto de sus manos de piedra que aplauden
la desgracia,
excepto de su alma mineral
y de estas ruinas que atesoran, tan pacientes,
los convidados de piedra.

El patio de la casa de María

La casa de María tenía un patio de lluvia,
ollas rotas en lugar de macetas
donde lombrices de tierra plegaban el misterio,
tréboles morados semejaban mariposas,
un caracol asomaba sus tentáculos
y su concha tenía la forma del secreto.
La enredadera, a falta de pared,
se abrazaba alrededor de sí misma
formando nudos que los gatos reventaban
con sus uñas de juguetería.
El suelo del patio de la casa de María
era verdoso de tan húmedo,
su baba pintaba mis dedos -parientes de las hojas-,
el universo cabía entre mis manos.
Por los canales y las paredes
del patio de la casa de María
bajaba el agua a borbotones
o salpicaba con el sonido triste de las cinco de la tarde,
la hora en que María empezaba a regresar.
Entonces yo, que hablaba el lenguaje húmedo
de la lombriz o el caracol,
iba reptando hasta el tiempo en que habría de saber
que María no tenía casa,
la casa no tenía patio
y el patio era una forma de la memoria.

Antes del olvido

Antes del olvido estuvimos aquí,
resistiendo la mirada de los asesinos
que saben persignarse y reír
como si tuvieran con Dios algún pacto secreto.
Ante su devoción suenan jocosas nuestras oraciones,
sartas inútiles, nuestras súplicas les resbalan por el cuello.
Era esta la tierra que fecudamos
(teníamos la prueba entre las uñas)
estos los nudos que trincaban
la casa a nuestros nombres
(llovía un agua melancólica
que no podía lavar el barro de la ofensa).

Antes del olvido alguien dijo
Es hora de hablar
y animados por los muertos nos pusimos de pie
(el miedo como una cicatriz)
pero los asesinos no traían oídos
y nuestras palabras estallaron,
las vimos caer despedazadas, rotas.
Con las pocas palabras que salvamos
construimos pedazos de la historia
y algunas canciones para niños.
Fue todo lo que pudimos hacer:
remendar las palabras
y disfrazarlas de silencio
antes del olvido.

Del libro *Cielo ausente*

(Bogotá: Ediciones Sociedad de la Imaginación, 2001)

Fantasmas

Los fantasmas nacen desnudos, como sus dueños,
pero luego se visten con ropas color atardecer
en los ojos de la muchacha que tiembla.
Son títeres que armamos en la infancia,
pedazos de piel, retazos de voces,
crecen como lama detrás de la frente
y nunca nos abandonan.
Son tan personales como la voz o la memoria.
Nadie ha visto un fantasma que no le pertenezca
que no ame como a sus ojos cerrados ante el espejo.
Los fantasmas tienen nombre y apellido,
son ciudadanos dentro de nuestros huesos.
Claro que existen. Tienen el rostro de tu miedo.

Viceversa

Miedo a la guerra, al vacío, al espejo,
al odio de los hombres, al tedio,
al hábito de tener pesadillas y no sueños.

Miedo al desamparo, al frío,
a la mordaza, a la espera incesante,
a un cuchillo de silencio.

Miedo a la fuerza feroz de las palabras,
al caballo desbocado que huye,
a la gota que cae sin consuelo.

Miedo a las horas cuando afilan sus dientes,
a la sangre querida, al imposible abrazo,
a una mañana que no espera la tarde.

Miedo a no ser, a estar ausente,
al desencuentro, al alma torpe,
a la mediocridad del sufrimiento.

Miedo al que huye de un beso
como de una bala perdida.

Miedo al miedo.

Nunca miedo al amor,
al amor nunca y viceversa.

Del libro *Óyeme con los ojos*

(México: Verdehalago, 1996 y Bogotá: Trilce, 1996)

Las armas

Muchos se arman para la guerra.
Es necesario.
Otros se arman para el mundo.
Es preciso.
Algunos se arman para la muerte.
Es natural.
Tú te armas para el amor
y estás tan indefenso
para la guerra,
para el mundo,
para la muerte.

Inquisición

La hoguera tendió sus tentáculos
quebrando la leña roja,
haciendo un nudo de brazos
sobre los ojos inmensos del absurdo.
Hizo estallar los senos
en una lluvia de semillas blancas,
devoró los muslos anchos del placer

y creció encendida de lujuria.
Luego, las cenizas fueron una catedral.
Algunas mujeres lo contemplaron todo
y con terror odiaron su cuerpo,
otras lo ofrecieron como sacrificio.
Pero las brujas decidimos consagrarlo al amor
como una afrenta para los asesinos.